francés, que por lo pronto nos costó la pérdida de muchos navíos en el sangriento combate de Cabo de San Vicente favorable á la escuadra inglesa (1797); que luego supo explotar Bonaparte con superior habilidad llevándose á Dinamarca una lucida division á las órdenes del marqués de la Romana; que nos arrastró á las tragedias del cabo Finisterre (1804), liquida tumba de la marina española que aún con ronca elocuencia cuenta la heróica muerte de Gravina, Churruca, Galiano, el inaudito valor de los Cajigales, los Buirones y tantos otros como allí cayeron; y que por último permitió al ya Emperador Napoleon, cuando sus gigantescos proyectos tocaban á la madurez, meter en España un formidable ejército bajo el pretexto de la conquista de Portugal, apoderarse de nuestras primeras plazas de guerra, y arrancarse la careta en Madrid despues de un hecho incalificable (2 de Mayo 1808.)

Aquí comienza una gran epopeya que describiremos en sus principales y más decisivos episodios ya que la índole de nuestra publicacion no nos consiente mayor latitud.

CAPITULO XXV

Reinados de Fernando VII, Isabel II y Alfonso XII. —Guerra de la independencia.—Discordias civiles.—Campañas de Africa, Santo Domingo y Cuba.

La sagacidad de Napoleon y la torpeza de los miembros de la familia real española, mal aconsejada y presa de lamentables disidencias, dieron lugar al cautiverio de nuestros reyes en Bayona, donde se representaron escenas tan censurables como escandalosas, cuyo solo recuerdo es un infame padron de ignominia para la memoria de cuantos en ellas intervinieron. Las mismas causas facilitaron la entrada en Madrid de un fuerte y poderoso ejército mandado por el sanguinario Murat que siguiendo las inspiraciones del ambicioso emperador aspiraba á la conquista de la heróica nacion española.

Crítica por demás era la situacion de nuestra patria que se encontraba huérfana de poderes, sin autoridades que la dirigieran, engañada, sorprendida, sin ejército, sin recursos de ninguna especie para contrarestar el avasallador empuje de los acreeditados generales del imperio seguidos por aquellas aguerridas legiones vencedoras en cien y cien combates y que habian llevado el espanto, el terror y la admiracion por todos los ámbitos de Europa.

Empero los denodados descendientes del Cid y de Pelayo que jamás repararon en la enormidad de los peligros, ni nunca hallaron obstáculos que les impidiesen acudir al supremo llamamiento del honor y del deber, supieron en esta ocasion renovar las glorias de sus antepasados y dar al mundo un nuevo y elocuente ejemplo de su heroismo incomparable.

El 2 de Mayo de 1808, el pueblo madrileño indefenso, sin armas, sin jefes, pero celoso de su libertad é independencia, se arrojó sobre las numerosas fuerzas francesas que ocupaban á la Córte. Trabada con feroz en-

carnizamiento la desigual y formidable lucha, las calles se inundaron por arroyos de sangre, y el pueblo sucumbió ante la enorme superioridad de las bayonetas napoleónicas, sacrificándose un gran número de inermes é inocentes séres que ni siquiera habian presenciado la fatal contienda ni hecho otra cosa que oir el ronco estampido del mortífero cañon y los desgarradores ayes de los moribundos. Entre las innumerables víctimas que la infame alevosia del orgulloso déspota inmoló en aquella horrible hecatombe, figuraron los heróicos capitanes de Artillería Daoiz y Velarde, cuyo heróico valor les elevó al morir por su patria al más alto pedestal del suntuoso templo de la fama.

La sangre generosa, con profusion derramada en Madrid, no quedó sin venganza, tan noble y grande como digna de la patria de Sagunto y de Numancia. El glorioso alzamiento del 2 de Mayo, propagóse con la rapidez del relámpago á todos los ámbitos de la Península: al mágico grito de *¡Dios, Patria y rey!* que por entonces simbolizaba las mas santas aspiraciones populares, hom-

bres, mugeres, niños y ancianos corrieron al campo de batalla cual tigres sedientos de sangre, que ansiaban humillar el arrogante vuelo de las águilas francesas ó ser por ellas devorados, inaugurándose desde luego la desigual y heróica *guerra de la independencia,* que durante seis años afligió á España, sacrificando en los campos de batalla la flor de su juventud, pero que hizo renacer y salvó nuestra nacionalidad valientemente reconquistada en más de cuatrocientos hechos de armas cuyo brillo deslumbró al mundo entero que atónito nos contemplaba.

El primer combate formal que se libró fué la memorable batalla de Bailen (19 de Junio 1808) en la que treinta mil reclutas sin foguear, acaudillados por Reding y Castaños, vencieron á las aguerridas tropas francesas mandadas por Dupont, haciendo á estas dos mil muertos y tres mil heridos, y dando á conocer á la Europa entera que Napoleon á quién se consideraba invencible, era vulnerable y podia muy bien ser vencido por pueblos tan celosos de su libertad é independencia como el pueblo español que un dia aba-

tiera el potente predominio cartaginés, otro fuera el terror y espanto de la orgullosa Roma y más tarde logró aplastar al horrible mónstruo del islamismo.

A los pocos dias, el valiente Marqués de la Romana, que por disposicion del Principe de la Paz (Godoy), se hallaba con ocho mil hombres al servicio de Napoleon en Dinamarca, oyendo la elocuente voz del patriotismo, abandonó su campo de operaciones y despues de vencer mil obstáculos en su penosa y arriesgada marcha de retroceso, llegó á España con su gente, ardiendo en nobles deseos de sacrificarse por la independencia de su heróico pueblo.

Numerosas páginas se necesitarian para narrar el unánime é imponente levantamiento de todas las provincias españolas; los mil sangrientos combates que á cada paso se libraron en la áspera Navarra, en la industriosa Cataluña, en las dilatadas llanuras de Castilla y Aragon, en los risueños valles de Asturias y Galicia, en las poéticas regiones de Andalucía, Valencia y Murcia; las fabulosas hazañas de los guerrilleros mandados

por Mina, López Baños, el Empecinado, Palarea y otros bizarros caudillos, terror de los vencedores de Austerlitz y de Ulm; los gravísimos inconvenientes con que el mismo Napoleon tropezó al pisar nuestro territorio; los sangrientos episodios que todos hemos oido contar desde nuestra más tierna infancia y que forman una sublime epopeya no menos maravillosa que la que en el siglo VIII principió en las breñas de Covadonga. En la imposibilidad de hacer un cuadro completo nos fijaremos tan solo en los puntos mas salientes.

Las heróicas Zaragoza y Gerona, despues de resistir con incomparable teson sus horribles sitios, cayeron asombrando al mundo é inmortalizando los esclarecidos nombres de sus valientes defensores y los de los ilustres generales Palafox y Alvarez de Castro, mientras en la célebre batalla de Talavera, despues de un desesperado combate, los franceses mandados por el intruso rey José Bonaparte, fueron vencidos por los españoles y sus aliados los ingleses, á las órdenes de Cuesta y Weleslay causándoles mas de

siete mil bajas. Continuando la guerra penetraron á sangre y fuego los franceses en Andalucía y Asturias resistiendo la plaza de Cádiz tan enérgica y gloriosamente que no fué posible su rendicion. Diariamente se libraban innumerables combates parciales por los cuerpos francos ó partidas de *guerrilleros*, compuestas de paisanos conocedores del país, valientes y audaces hasta la temeridad, aunque sin táctica ni organizacion militar, que no dejaban á los franceses ni un solo momento de sosiego.

Andando el tiempo y siguiendo con varia fortuna aquella titánica lucha que atónito el mundo contemplaba con creciente admiracion, llegó el 16 de Mayo de 1811 en que se libró la famosa batalla de Albuera, la mas encarnizada de cuantas tuvieron lugar durante *la guerra de la independencia* y en la cual nuestras tropas derrotaron completamente al enemigo causándole trece mil bajas.

Las gloriosas jornadas de Ciudad Rodrigo, Arapiles, Vitoria y San Marcial, sumamente funestas á los franceses, y otra porcion de importantes victorias conseguidas por nues-

tras armas durante los años 1812 y 13, obligaron á los franceses á evacuar el suelo español regado con sangre de valientes, dejando en nuestros enrojecidos campos los destrozados cadáveres de seis cientos mil de aquellos hombres que se consideraban invencibles; poniendo fin á aquella horrible lucha, durante la cual la noble España reconquistó su independencia y abatió por completo el pujante vuelo de las águilas altaneras que guiaba el potente génio del gran Napoleon. El tremendo golpe asestado por el heroísmo español á la cabeza del orgulloso déspota que estuvo á punto de dominar el mundo y que habia de morir en la lejana y solitaria roca de Santa Elena, influyó considerablemente en el reposo y tranquilidad de toda la Europa que tras la sangrienta catastrofe de Waterloo volvió á su normal estado.

No es ciertamente por odio al pueblo francés, á quien admiramos por sus cívicas virtudes y respetamos por su sólida instruccion y ferviente amor al trabajo, que desenterramos estos recuerdos tan gloriosos para nuestra

patria. La noble y heróica nacion francesa que hoy marcha á la vanguardia de la civilizacion europea, y que desde hace mucho tiempo es el porta-estandarte de la libertad moderna, es para nosotros en todos conceptos muy estimable; y en verdad que no fué ella quien á principios del presente siglo nos hizo la guerra, sino el orgulloso déspota que entónces rigiera sus destinos: la Francia es en la actualidad la mejor amiga de España, en cuyas desgracias y en cuyas alegrías toma siempre una parte muy activa, como recientes sucesos lo han demostrado de un modo harto elocuente; Francia y España, como pueblos hijos de una misma raza y hasta cierto punto identificados en tendencias y aspiraciones, viven en la mejor armonía, unidos por los fuertes lazos de la mas pura y fraternal amistad; lazos fundados en la mútua conveniencia y en los comunes intereses, siendo de suponer que no lleguen jamás á romperse, de lo cual españoles y franceses solo tendremos motivo para felicitarnos.

.....

Volviendo á la historia de nuestra infortunada patria, no fueron por desgracia justamente recompensados sus nobles sacrificios; pues lamentables escenas, que quisiéramos ver borradas de las ensangrentadas páginas de la historia del dominio de los poderes absolutos y dictatoriales y del enlutado libro de nuestras discordias civiles, tuvieron lugar en 1814 al regreso del rey Fernando VII, oscureciendo las glorias nacionales y sacrificando en vergonzosos patibulos á los más heróicos defensores de la independencia española. Estas mismas escenas de sangre y luto, estas mismas discordias civiles, con harta frecuencia repetidas en varias épocas de aquel infausto reinado, y que agenas á nuestra mision y repugnantes á nuestro carácter, deben ser por nosotros omitidas en estos ligeros apuntes, dieron lugar á la pérdida de la mayor parte de nuestras posesiones americanas y al decaimiento de la heróica nacion española, cuyo orgullo nacional fué humillado en el Trocadero por los cien mil hijos de San Luis que llamados por el mismo rey vinieron en 1823 á restaurar por la fuerza de las bayonetas

extranjeras el reinado del absolutismo, odiosamente rechazado por el innovador esptitu del siglo.

Tampoco debemos ocuparnos de la sangrienta lucha civil sostenida desde 1833 á 1840 entre los partidarios de la jóven reina Isabel II y los del pretendiente D. Cárlos. Durante ella, por una y otra parte se luchó con sin igual bravura, con heroismo incomparable, corriendo á torrentes por los feraces campos de la patria la noble sangre de hermanos destinada á mas altas empresas, hasta que por fortuna lució la riente aurora del 31 de Agosto de 1839 en que los generales Espartero y Maroto terminaron con un fraternal abrazo aquella desoladora lucha fratricida que ojalá y nunca se hubiera reproducido. Desgraciadamente no ha sucedido así; pues la generacion presente no ha hecho otra cosa que malgastar sus esfuerzos en estériles contiendas que no hemos de relatar, porque para desdicha de todos están muy recientes y sus desastrosos efectos profundamente grabados en el corazon de los buenos españoles.

En la gloriosa campaña de Africa (1859 y 60), nuestras bizarras tropas se colmaron de gloria, y el esclarecido nombre de España supo colocarse á la merecida altura. Recientes aún los sucesos, no necesitamos narrar los sublimes episodios de *El Serrallo, Sierra Bullones, Los Castillejos, Tetuan* y *Vad-Ras*. Lo mismo sucede respecto á la guerra de Santo Domingo en que tantos laureles conquistara nuestro valiente y sufrido ejército, y con la expedicion á México, en la cual el inolvidable y valiente general Prim supo colocar en su merecido puesto el pabellon de la España moderna, de la España liberal que tanto como ama su independencia sabe respetar la de los pueblos que merecen ser libres.

En la desastrosa campaña de Cuba, el puro y noble sentimiento del más acendrado patriotismo que se anida en el corazon de todos los españoles residentes en la rica Antilla y de sus hermanos de la Península, llegó al mas alto é incomparable colmo. Los sacrificios han sido enormes, los hechos heróicos no admiten comparacion posible. Nos-

otros hemos tomado en esa horrible lucha una modesta é insignificante parte, y hemos derramado en ella nuestra propia sangre: siendo, pues, testigos presenciales de ella, pudiéramos describirla en muchos de sus detalles; pero no queremos que se nos tache de parciales, ni tampoco es muy fácil la tarea de describir una campaña que ha durado diez años, que ha sacrificado trescientos mis españoles y que por su especial índole ha dado lugar á los rasgos más heróicos é inverosímiles que registran los anales de todos los hechos de la humanidad. El dia en que pasada la impresion del momento y calmadas las pasiones, pueda escribirse con la fria calma de la imparcialidad la historia de esa sublime epopeya, ese dia será el único en que con la irrefutable lógica de los hechos y de los números, pueda demostrarse al mundo entero lo que desde Yara hasta el Zanjon ha hecho el ejército defensor de la integridad de la patria, los enormes sacrificios que en sus personas y bienes se impusieron VOLUNTARIAMENTE atendiendo solo á sus patrióticos deberes los valientes *voluntarios* que,

abandonaban sus familias é intereses para correr á defender la honra de su patria, simbolizada en un mágico ¡viva España!

El bizarro general Martinez Campos tuvo la dicha de concluir esta lucha tan fatal para los intereses de España y de Cuba. ¡Quiera el cielo, que ni ésta se reproduzca ni aparezca ninguna otra, para que la noble nacion española logre cicatrizar sus profundas heridas y disfrutar con la tranquilidad y el público reposo los inmensos bienes de la libertad y del progreso!

CONCLUSION.

Por el sencillo é imperfecto resúmen que de las glorias nacionales acabamos de hacer, se forma una lijera idea de cómo, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, cuantas razas han cruzado por el espacioso sendero de la vida se han disputado con tenaz empeño la codiciada posesion de nuestro fértil suelo, defendido siempre con enérgica fiereza, con heroismo insuperable por sus nobles y esforzados habitantes. Condenados los españoles á sostener una eterna y casi no interrumpida lucha, han sabido demostrar al mundo entero sus elevadas virtudes cívicas, su irresistible empuje y su ferviente amor á la patria que los vió nacer puro sentimiento llevado hasta la idolatría y exajerado hasta la abnegacion y el sacrificio.